

Luisa Ruiz Moreno

Presentación. Semióticas no verbales

He aquí una designación general que parece fácilmente partir en dos las turbulentas aguas de la semiótica: el universo de lo verbal y el de lo no verbal. Aclaremos de entrada, y para evitar un equívoco mayor, que dentro de la tipología de semióticas no verbales se ordenan las semióticas objeto cuya sustancia de expresión no es una lengua natural.

La aclaración precedente, aunque obvia, es necesaria pues todavía las clasificaciones no alcanzan la precisión requerida para el trabajo científico y la ambigüedad en las nomenclaturas tanto del objeto como de la disciplina que lo estudia es una cuestión nunca bien resuelta y a menudo conflictiva. Así, decimos con claridad y distinguiendo bien las cosas, semiótica del mundo natural, pero luego dejamos que la disciplina se contagie de su objeto y decimos, por ejemplo, semiótica musical con lo cual ya no sabemos si la semiótica es el proceso por el que los sonidos se convierten en música (*significan* música) o la descripción científica de dicho proceso. Y aun podemos ser más caprichosos y decir algunas veces semiótica de la literatura y, otras, semiótica literaria para referirnos al mismo fenómeno.

Esto nos viene sucediendo por padecer de una incoherencia teórica que está en la base de estas confusiones, pues somos formalistas en las concepciones generales que dan cimiento a la teoría y sustancialistas a la hora de levantar los tabiques interiores del edificio, deficiencia que todavía no podemos superar. En

efecto: si una semiótica es una forma, nuestras tipologías deberían ser formales y no atender, como lo seguimos haciendo, a las sustancias expresivas en que esas formas se manifiestan. Tales contrasentidos nos dejan preparados para cometer otros, como el de determinar al objeto antes de su construcción mediante el trabajo semiótico, y de hacerlo según criterios heterogéneos que para nada responden a las exigencias de la teoría, como cuando hablamos de la semiótica del arte o del discurso histórico señalando así, vagamente, un objeto que se supone instalado en el mundo natural y que ha sido acotado y caracterizado por una conceptualización ajena a la disciplina semiótica; en suma, un objeto que ella no ha construido y al que, por tratar de hacerlo propio, termina convirtiéndolo en un engendro.

No obstante, y con los defectos a cuesta, los semiotistas nos entendemos más o menos bien. Por lo tanto, habiendo hecho los reconocimientos precedentes, conviene hacer otro de inmediato: para nadie sería posible arreglar este intrincado mundo en pocas páginas, y menos para quien ahora las escribe; tales puntualizaciones críticas sólo pueden proponerse el cometido de llamar la atención sobre este estado de cosas y sugerir que la lectura de esta recopilación debe enfrentar con lucidez, dándole un carácter más o menos provisional, las clasificaciones de uso corriente.

Por otro lado, en el caso particular que aquí nos ocupa —el caso de las llamadas semióticas no verbales— el asunto debería presentarse casi sin riesgo de confusiones entre la teoría y su objeto, pues a nadie se le ha ocurrido todavía —incluso cuando en el terreno de la formalización de los conceptos y operaciones se haya avanzado mucho— contradecir a Benveniste y pensar en un lenguaje de descripción que prescindiera de lo verbal, es decir, de la lengua. De manera que cuando decimos semióticas no verbales estamos ciertos de que nos referimos a los objetos cuya significación queremos aprehender y no al discurso que los describe.

Pero en cuanto hemos dado con una certidumbre el terreno se nos vuelve pantanoso e inseguro pues, ubicados por fin en el dominio de aquello que puede ser analizado, cabe preguntarse:

¿todo es no verbal en las semióticas no verbales? A juzgar por el conjunto de trabajos aquí reunidos diríamos que no siempre tales semióticas suponen la exclusión de lo verbal. Sin embargo, estos trabajos fueron solicitados de manera especial para integrar un volumen dedicado a textos, objetos o fenómenos que tuvieran la característica de escapar de las comarcas de lo lingüístico. Y esos pedidos se hicieron a investigadores habituados a manipular la materia no verbal, y en algunos casos a quienes han hecho su trayectoria en la disciplina trabajando casi exclusivamente semióticas constituidas de tal sustancia.

¿Qué sucede? ¿Será que lo lingüístico atraviesa siempre en algún momento a los demás lenguajes? ¿Será que las semióticas “puras” son escasas? Tal vez resulte conveniente reconocer que la gran semiótica que es la cultura resiste de manera invariable los esfuerzos por ordenarla en una tipología de las semióticas que la componen, y que en el momento en que hemos establecido una frontera ella nos asalta para derrumbar el límite mostrándonos así el matiz que nos deja en contradicción.

¿Sería en consecuencia más prudente hablar en todos los casos de semióticas sincréticas? Evidentemente, ello nos salvaría de dejar algo fuera, pero nos acarrearía el problema que el uso de todo término comodín conlleva. Es decir, en ese caso habría que comenzar por una tarea metalingüística a fin de esclarecer bien el concepto de sincretismo para no cubrir bajo su extensión —como a menudo lo hacemos— los contenidos de “mezcla”, “saco roto”, “simbiosis” y cuanta cosa no sepamos dónde hacer caber. De modo que mantener la separación entre las diversas semióticas, aun con todo lo espurio que ello resulte, parece ser lo más saludable; incluso para poder referimos con más propiedad a las semióticas sincréticas.

Habiendo hecho estos comentarios, quizá quede mejor justificada la denominación que da título a la selección de trabajos que integran el presente número de *Acta Poetica*. Teniendo en cuenta todas estas advertencias, el lector hallará un abanico de investigaciones que se ocupan de lenguajes no verbales. Incluso en aque-

los casos en que no se trate de una semiótica puramente no verbal encontrará por lo menos su predominancia.

La presencia de lo no verbal es, entonces, la isotopía que asegura la coherencia y constituye el sentido de este ensamble tan diverso. Pero no es sólo ello lo que le da unidad; es necesario destacar que todas las reflexiones aquí reunidas están hechas desde un sobrentendido que es hoy un campo ya ganado en la semiótica: lo no verbal no necesita ser verbalizado para significar. ¿Estamos con esto afirmando acaso lo contrario de las observaciones hechas más arriba en cuanto a la presencia casi ineludible de lo lingüístico? De ninguna manera. Que la sustancia verbal intervenga a menudo en la manifestación de la semiosis no quiere decir que ella sea imprescindible para percibir la significación. Más aún: ¿no es en una de las primeras lecciones de la *Semántica estructural* donde hemos aprendido que “la percepción es el lugar no lingüístico en que se sitúa la aprehensión de la significación”?

Así el gesto, el espacio, los planos, los colores, los sonidos, las pasiones, los olores, los perfiles... forman parte de una sinestesia de sustancias de la expresión donde la palabra puede intervenir o no y donde, cuando lo hace, es un elemento entre otros, elemento que no guarda un estatuto privilegiado para la aprehensión del sentido.

Por otro lado, el hecho indiscutible de que la lengua tenga la virtud de dar cuenta de las demás semióticas no quiere decir que es mediante una lingüistización —que por otra parte se haría tanto de lo verbal como de lo no verbal— de la dimensión figurativa que el trabajo de desentrañamiento del sentido quiere hacerse. La semiótica centra su tarea y juega su carta más fuerte en la elaboración de un metalenguaje asegurado en niveles, y en la construcción de simulacros —regulados por él— donde los objetos significantes (lingüísticos o no) se ven representados.

La elaboración de tales simulacros o modelos de representación proporciona la coherencia requerida para el trabajo científico y, a la vez, comunica una aparente homogeneidad en todas las in-

vestigaciones de modo tal que puede hacer pensar en una falta de sensibilidad frente a lo imprevisible, lo azaroso, lo resistible. Pero nada sería más erróneo que ver las cosas de ese modo.

Si las formas son immanentes, su manifestación resulta posible gracias a la diversidad de las sustancias. Si los mecanismos que aplicamos tienen funciones previsibles, la arbitrariedad de la articulación de los planos que constituyen el signo es algo tan mágico que nos deja siempre perplejos como al maestro ginebrino. Además, los objetos significantes a partir de los cuales elaboramos los objetos semióticos tienen sus raíces en el mundo de la experiencia y el investigador que describe e interpreta los unos y crea los otros está marcado por su propia historicidad. Entonces ¿algo puede ser previsible en una investigación semiótica, aparte del cuerpo epistemológico? Pero el lector lo verá a lo largo de esta muestra: el intento por conocer las formas del sentido en el universo de lo no verbal se encuentra lleno de sorpresas en las que no dejará de descubrirse. Pero todo esto es poco decir frente a la serie de cuestiones que me suscita la reunión de un conjunto de trabajos anclados en la problemática de las semióticas no verbales. Y digo esto porque desde aquel seminario, que cursé hace hoy cerca de diez años y que tenía el mismo nombre de este prólogo, aprendí a ver dicho asunto siempre como un problema. Ese seminario, desarrollado en el ámbito de la Maestría en Ciencias del Lenguaje de la UAP, estaba a cargo de César González Ochoa quien ahora me encomienda la organización de este número. Sea esto dicho no por el interés de la anécdota sino para indicar el carácter que no puedo dejar de darle a esta reunión: como en aquel seminario, todo es cuestionamiento sin tregua y diálogo jamás concluido.

En efecto, todo este trabajo se ha hecho bajo la forma del diálogo, de ése que mantenemos en México con investigadores de aquí y de otras partes del mundo. Esto significa que se recoge en las páginas siguientes apenas una parte, constreñida por esas circunstancias espaciales y amistosas, de todo lo que se hace en este campo de la disciplina. Por ello el lector encontrará muchas ausencias que nosotros hemos lamentado antes que él.

Dicho lo anterior, creo que es necesario referirse a los criterios de selección. Ellos fueron muy variados, relativos y siempre mediados por lo que ha resultado posible. De allí que no deba entenderse que esta entrega contiene en términos absolutos lo más representativo, ni todo lo mejor, ni sólo los trabajos de los autores más reconocidos. Si bien la calidad y la trayectoria fueron requisitos indispensables a la hora de solicitar los artículos, no fue tampoco precisamente lo contrario lo que ha dejado fuera muchos otros. Ojalá que este modo de hacer presente las ausencias en su propio reconocimiento nos deje la impresión de la falta, motor que ocasionará sin duda posteriores proyectos como éste.

Y a propósito de las faltas que lamentamos es necesario decir que, como la preparación de este compendio comenzó hace un tiempo considerable, cuando establecimos los primeros puntos organizativos nos pareció oportuno solicitar a A. J. Greimas que respondiera a un cuestionario sobre el tema. De haber llevado a cabo esta iniciativa, las preguntas sometidas al maestro durante la entrevista que habíamos planeado hubieran tenido la particularidad de ser a la vez el relevamiento de dudas, la ocasión del comentario y el planteo de ciertos problemas que circulan en nuestro medio, puesto que la idea era transmitirle las inquietudes que los investigadores me comunicaran. Dado que Greimas había contestado positivamente, esa tarea comenzó a realizarse, pero cuando ella estaba apenas en sus comienzos tuvimos que dejarla inconclusa debido a su muerte.

Decidimos, entonces, en pleno proceso de recopilación, dedicar este número a la memoria de Greimas, imprimiendo en esa dedicatoria la gratitud debida a una obra cuyos frutos no se agotan y cuyas propuestas nos dan tanto en qué pensar.

La entrevista se la hicimos a Teresa Keane Greimas, pero no ya específicamente sobre el tema que aquí nos convoca sino para conversar, ahora desde la *tierra baldía*, sobre algo que hoy parece mucho más relevante: esa unidad indisociable que constituyen la persona y la obra del maestro. Así, en esa conversación con que finaliza este número, el lector encontrará una zona de conti-

nidades donde el interés teórico adquiere una nueva densidad. Creemos que el tono del diálogo se puede oír en la lectura de este texto, favorecido por el hecho de que en su elaboración no mediaron traducciones. La entrevista fue realizada enteramente en español, lengua que Teresa domina, lo cual, además de habernos facilitado la tarea, significa para nosotros contar con otro camino para el encuentro.

Quiero agradecer, por tanto, a Teresa, la atención que ha prestado a mis preguntas aun cuando sabemos lo difícil y delicado que es hablar de un proyecto de vida interrumpido, como ella lo señala, por el escándalo de la muerte.

Y con esto quisiera volver al carácter de diálogo, de encuentro intelectual, al que nos refiriéramos más arriba a propósito del modo en que hemos trabajado. Porque Greimas decía en una de sus últimas cartas que la semiótica había sido, para él, sobre todo una ocasión para la amistad y que le había proporcionado amigos en todas partes del mundo. Y así, hemos recordado estas palabras al tener una experiencia semejante ya que para obtener los resultados que ahora ofrecemos al lector hubo muchas cartas, no pocas conversaciones a la salida de algún seminario, y no menos encuentros de café. Ello implica haber establecido una red de intersemiotividad que va mucho más allá de la preparación de un número monográfico. Digamos que la disciplina avanza porque también se aprende, se transmite y se critica en circunstancias, como estas pequeñas tareas de edición, en que las relaciones humanas se enriquecen.

En todo este proceso muchas de las discusiones fueron debidas al trabajo de traducción, que se pidió de manera especial no a quienes fueran traductores profesionales sino a especialistas en la materia que hacen traducciones como parte de sus tareas de investigación. Agradezco, por lo tanto, a Roberto Flores Ortiz, Raúl Dorra, María Isabel Filinich, César González Ochoa, Gabriel Hernández Aguilar y Antonella Fagetti su labor rigurosa que nunca escatimó esfuerzos, incluso cuando a causa de la consulta con los autores hubo que corregir, rehacer y preparar nuevas versiones.